Feijóo contra las brujerías y supersticiones. Hay quien no se la agradece, antes opina que nos desacreditó algún tanto á los ojos de los extranjeros, haciendo que el país menos supersticioso de Europa cobrase reputación del más infestado de semejante plaga, y que hasta se nos atribuyesen errores que nadie había oido nombrar por aquí. No es del todo infundada esta apreciación: repito que Feijóo tenía una gran fuerza imaginativa, y que su curiosa fantasía gallega se recreaba (aunque condenándolas en nombre de la razón,) con todas esas creencias absurdas, y repasaba en mágica linterna los duendes traviesos y retozones; las brujas cabalgando sobre sus escobas, no sin haberse untado bien con fríos untos de grasa humana; las energúmenas y poseídas retorciéndose y echando espumarajos por la boca; los libros de exorcismos y conjuros, con sus fórmulas cabalísticas y bárbaras; las *batallas aéreas,* colisión de inflamadas nubes que galopan y se embisten; los zahoríes armados con su varita de avellano, que se tuerce al sentir los efluvios del manantial oculto bajo tierra; los países fantásticos, el Eldorado con sus tejas de plata, el paradisíaco Catay cuajado de especias y aromas, las recónditas Batuecas, la cueva de San Patricio, purgatorio poblado de almas gemidoras, y la isla de San Balandrán, habitada por amazonas que obligaban á sus maridos á hilar y

á coser; el fénix, encendiendo su propia pira á fin de renacer radiante de juventud; el carbunclo iluminando todo un reino con sus reflejos purpúreos, y el bezoar, neutralizando la rabiosa ponzoña de los reptiles; los vampiros chupando la sangre de los durmientes, y los brucolacos desenterrando el yerto cadáver; y por último, el diablo en persona, cargándose á cuestas al Obispo de Jaén y trasladándole á Roma en un periquete, con no menor celeridad que fabricó el puente de Toledo y asistió familiarmente á Raimundo Lulio. Convengamos, sí, en que de buena parte de estos embustes ni noticia se tenía en España, pero admitamos también que el refutar y desenmarañar supercherías semejantes fué el capítulo de diversión y recreo de aquel espíritu serio y honrado, la *novela* de quién tan poco manejada tenía nuestra literatura novelesca, que Vidart ha hecho la observación curiosa de que ni una sola vez, en los catorce tomos que dejó escritos, menta á Cervantes.

Nunca se agradecerá ni se elogiará bastante en cambio su batalla contra la falsa taumaturgia. Impugnar las supersticiones del vulgo, por muy creídas que fuesen, no le había de costar grandes dolores de cabeza: atacar milagros supuestos en el siglo XVIII, en plena crisis de barroquismo devoto, era más delicado y difícil. No se paró en eso, ni era reparo que pudiese detener

á persona del carácter de Feijóo. Recuérdese con qué vigor se expresaba—aunque en débiles versos—á propósito del presunto milagro de aparecer la imagen de San Francisco de Paula sobre el viril, en una iglesia del Puerto de Santa María:

Yo en ningún tiempo creeré
que una tema es devoción
que es milagro una ilusión
que la sombra es realidad
que la ceguera es piedad
y el error es religión.

y añadía luego jugando del vocablo para explicar cómo el cacareado milagro se reducía á un efecto de óptica:

Y ya se hizo evidente
que hubo en ocurrencia tal
reflexión en el cristal
y falta de ella en la gente.

Voy á concluir, y no he de hacerlo sin reiterar lo que quisiera haber puesto de realce en este discurso: que Feijóo, por su condición sincera, resuelta y humana; por la variedad de sus conocimientos y las singularísimas dotes que Dios le otorgó con larga mano á fin de que las comunicase y repartiese á sus contemporáneos y á los venideros; por la índole libre, curiosa y nada estadiza de su inteligencia; por su enorme trabajo y su inalterable fe, es el reformador, el maestro, el doctor y el oráculo de España en el

siglo XVIII, el cual está y estará siempre lleno de su doctrina, de su fama y de su nombre. Al que dijo que se le debía alzar una estatua y quemar al pie de ella sus escritos, respondedle que en sus escritos hay bastante oro puro, bastante limpia plata y bastante sonoro bronce para que podamos fundirle otra nueva, si la hoy levantada viniese al suelo; y cuando fundamos de nuevo la estatua de nuestro gran pensador, no le pondremos en la mano libros, ni pluma, sino una antorcha inextinguible.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO